

## MIGUEL GUTIÉRREZ JIMÉNEZ



Catedrático de Retórica y Poética en el Instituto cordobés de segunda enseñanza, erudito y literato de valía, poeta galano y de corte clásico, Miguel Gutiérrez sobresale entre los elegidos de las letras, apesar de su modestia y de su carácter.

La rima y la prosa, la historia y la crítica, el libro y la cátedra se han apoderado de sus facultades y su tiempo; y el constante martilleo del trabajo y el vacío de la soledad han aguijoneado su espíritu y dado á las prensas frutos sazonados é imperecederos.

Miguel Gutiérrez nació en un pueblecito pintoresco de la costa granadina. Ya en su juventud sabía y recitaba los versos de nuestros clásicos y alentaba su afición en las inspiradas estrofas de Martínez de la Rosa y D. Juan Nicasio Gallego, aprendidas al lado de su padre, que, cuando los cien mil hijos de San Luis derribaban la Constitución, estudiaba la cirugía y la medicina en la capital de Cataluña y escuchaba las enseñanzas del higienista Monlau y de otros maestros en la ciencia de Galeno, y retirábase luego á Andalucía á ocultar su saber entre los riscos de la Alpujarra.

A la sombra de sus prestigios y al calor de sus gustos y tendencias, iniciáronse allí sus dos hijos, Miguel y Federico: éste en los aforismos de Hipócrates, (1) aquél en las bellezas de nuestra literatura, guardadas como joyas preciosas en la biblioteca particular de su padre, cuyos libros amenos y científicos abrían y despertaban aquellas inteligencias vírgenes.

En el renombrado Colegio del Sacro-Monte; en la santa Casa que fundó el Arzobispo gárnatense Vaca de Castro y de la cual salieron oradores como Barcia, historiadores como Cueto y Herrera, filósofos como Sanz del Río, anticuarios como Fernández Guerra, filólogos como Cueto Rivera y Eguilaz y literatos como nuestro Valera; en aquel centro de propaganda y progreso del saber, donde «las letras son algo más que conceptos fríos, sin relación con la fantasía ni con el sentimiento,» allí se refugió Miguel Gutiérrez y, prefiriendo la Poética á la Metafísica, mostró allí las primicias de su númen.

Sin vocación para la carrera eclesiástica, á los cinco años pasó del Sacro-Monte á la Universidad granadina y alistóse en su facultad de Filosofía y Letras. Corrían por entonces vientos de revolución y Gutiérrez armado de sus buenas ideas, resucitó en su acordada lira los levantados acentos de la vieja lira de España. La fé, el patriotismo, el ideal, las grandezas históricas pasadas y las miserias de la actualidad brotaron de

(1) D. Federico Gutiérrez y Jiménez ocupa hoy una cátedra en la facultad de Medicina de la Universidad de Granada y es un escritor distinguido, elegante y correcto.

su lira en torrentes de virilidad é inspiración, que aplaudieron en círculos y sociedades y dieron pretextos á un inepto Gobernador para decretar la detención y encarcelamiento de aquel *conspirador en verso*, del autor de *Ogaño y Antaño*, que así se atrevía á escribir ditirambos, sátiras y odas, siquiera tal orden quedase incumplida por un inspector de recto criterio y conocedor del asunto y del joven poeta.

Miguel Gutiérrez, graduado en Filosofía y Letras, hallóse de buenas á primeras en Madrid. Con muchas ilusiones y poco dinero vino aquí, á instancias del autor de *El Escándalo*, quien, encomiando al granadino y ponderando sus méritos y talento á una célebre Duquesa, influyó en el ánimo de ésta para que le confiase su secretaría particular. ¡Ah! Pero no se había contado con la huésped: el vate-secretario no estaba iniciado en los hábiles resortes de la adulación, su carácter declaraba la guerra á la flexibilidad de la espina dorsal y para la firmeza y estabilidad del cargo eran estos requisitos indispensables. Salió, pues, al cabo de algún tiempo, de el palacio ducal, no sin antes componer la *Oda á Cabrera*, con motivo de haber reconocido la legitimidad de Don Alfonso XII. Esta producción, que es la más valiente y *quintanesca* de todas las suyas, hízola Gutiérrez cediendo á los ruegos y mandatos del literato único que le había dispensado su protección generosa y animado con sus consejos. A través de la lente de su fantasía, no vió ni quiso ver el poeta la importancia política del acto realizado, sino la postura antiestética en que el gladiador caía; por ello

resistíasele escribir el elogio de aquel rasgo del gran hombre; por ello en la *Oda á Cabrera* (no publicada por voluntad expresa del autor que logró vencer con propio esfuerzo el empeño y las recomendaciones de Alarcón á los periodistas) se advierte á simple vista la notable desigualdad entre las partes en que aquella se divide, la primera de las cuales es hermosa y supera en mucho á la segunda, que es breve y por ella pasa el vate como sobre ascuas. La inspiración, sin embargo, transforma y esclarece los más negros asuntos.

Como un meteoro de escasa luz, pasó Miguel Gutiérrez por la Dirección general de Beneficencia, que ocupaba entonces Campoamor: el autor de las *Doloras* ascendió á muchos copleros y dejó en el rincón del olvido al poeta granadense, por el solo delito de que éste jamás quiso ser pedestal de la estatua ni tornavoz de la lisonja.

Tamañas vicisitudes y sinsabores no fueron obstáculos para que la firma de Gutiérrez se abriese paso franco en las publicaciones periódicas. A la vez que en la *Ilustración española* y en otras revistas eran acogidos con fruición sus versos y saboreábase la *Fuente del Avellano*, lo más fresco, espontáneo y natural que se ha escrito—según un crítico renombrado—la pluma del oficinista anónimo batallaba en la redacción de un diario político agonizante y recorría la escala del artículo de fondo, del suelto, de la noticia, de la crónica bibliográfica y de la crítica de teatros; terreno en el cual los periodistas veteranos recuerdan aún con deleite la firma de *Cualquiera*. En aquel tinglado carnavalesco, su antipatía á la política con-

virtióse en aborrecimiento implacable y, después de redactar y colaborar breve tiempo en otro diario de noticias é intereses municipales, no ganando en él honra ni provechos, cayó su espíritu en el aburrimiento y el cansancio y acordóse de que tenía un título académico.

Opositor á cátedras de Retórica, el Licenciado Gutiérrez obtuvo el segundo lugar de la primera terna; mientras que aquél á quien se concedió por arte de birlibirloque y con general sorpresa el número primero en la segunda, tomó posesión de la cátedra desde Madrid y desde Madrid explicó la asignatura y cobró sus haberes, no tardando en abandonar el puesto docente y pasar á una concejalía y á una tenencia de Alcalde. ¡Tan profunda era la convicción que él mismo tenía de su propio valer! Mas, si en estas primeras oposiciones hubo arbitrariedades, en las segundas el escándalo campó por sus respetos. El caso de Teruel promovió acalorados debates en nuestras Cámaras legislativas y de tal discusión resultó evidente que á Miguel Gutiérrez, á quien el Tribunal había colocado en segundo término, correspondía *jure et justitia* el número primero. Nubes de verano llamaron los padres de la patria á tales desahogos y debates; pero luego esas nubes se replegaron hacia el horizonte, dejando el cielo despejado: Gutiérrez mostró los caudales de su inteligencia y de su estudio en los Institutos de segunda enseñanza de Segovia, Cabra, Jaén y Córdoba, explicando en ellos la Retórica y la Poética, y algún tiempo filosofía en el Instituto de Granada, á donde fué en comisión.

Sus obras han sido favorabilísimamente informadas por el Consejo de Instrucción pública. *Albores*, *De omni re* y *Arte literario* son los libros de Gutiérrez hasta ahora publicados.

Su hermano D. Federico editó la colección *Albores*, prologada por D. Vicente Barrantes. Este libro, como primero, es muy desigual: al lado de de la *Fuente del Avellano* aparecen composiciones y versos muy endebles, y se notan bellezas indiscutibles y defectos, hijos de la espontaneidad y de la irreflexión, en una misma leyenda, *El Tuzaní*.

En Burgos dió á luz su preciosa miscelánea en prosa y verso *De omni re*. Muy loados fueron la mayor parte de los trabajos compilados aquí; saboreó la crítica y admiró el público aquellos interesantes diálogos, aquella prosa fácil y castiza, aquellas pinceladas oportunas y magistrales de erudición, la rima aquella, correcta, brillante, clásica, hablando en ocasiones la fábula antigua, como la en que se dirige *al invisible trovador Joan Menéndez*, con motivo de su leyenda «Don Nuño de Rondaliegos,» y presentándose siempre en este libro, como en un espejo, el verdadero literato y el poeta inspiradísimo.

No de otro modo lo reconoció *La Academia*, revista literaria de Londres, al hacer grandes elogios de su magnífico esbozo histórico-crítico en más de cincuenta artículos *La Oda*, inserto en nuestra «Revista Contemporánea.» Entre lo mucho que ha publicado en periódicos y revistas, unas veces anónimo y otras firmado con seudónimo ó con iniciales, merecen especial mención la

curiosísima serie de artículos que en «La Verdad» de Córdoba dió al público sobre *La Fé de los poetas*, señalando las desviaciones del dogma que se notan en algunos modernos, á contar desde el pasado siglo.

*Arte literario* se titula la Retórica que, siendo Miguel Gutiérrez catedrático de la asignatura en Jaén (1892) salió de las prensas granadinas. Con el *Arte Literario*, que cimenta en bases estéticas la teoría de los géneros poéticos, se propone su autor—de consuno con los grandes humanistas—separar definitivamente la *Poética* de los arrabales de la *Gramática*. Mas no es el *Arte literario* de Gutiérrez solamente un libro de texto para los Institutos de segunda enseñanza, muchos de los cuales lo han adoptado; es algo más: es un libro de consulta para los bachilleres, el puente intelectual tendido entre los elementos de Retórica y Poética y los estudios ulteriores de facultad.

Trabajos inéditos tiene muchos y, entre ellos, los más adelantados son: la *Historia literaria de Granada*, que ocupa ya sendos volúmenes; *La literatura en Jaén*, obra que ha acometido con empeño y en la cual presenta, ataviados con la veste gallarda de su estilo, los oradores y escritores del país como también cuantos, sin ser jienenses, contribuyeron al movimiento intelectual de aquella provincia; sus centros docentes; sus hijos insignes, sus artistas, santos, guerreros, todo lo que es materia literaria propia ó está con ella relacionado.

Originalísimo y hermoso es también su acabado estudio acerca de *La escuela poética de Cór-*

*doba*. Con examen detenido y síntesis lógica viene el literato á demostrar que no ha existido la pretendida escuela, á no ser que se tome por tal la que, con carácter nacional y aun europeo, acaudilló nuestro Góngora.

*Fases poéticas del amor*, ó maneras que de mostrarlo han tenido los poetas de épocas distintas, y *Escuela de Nebrija* son los títulos de otros dos libros que, terminados ó para terminarlos, aun no ha destinado Gutiérrez á la publicidad. En el segundo se da noticia del fundador de la filología española y de los numerosos discípulos que hasta nuestros días han continuado su tradicional enseñanza.

La pacífica y monótona vida que se hace en Córdoba ha vencido muchas veces la indolencia del literato y mantenídole firme en su mesa de trabajo. ¡Cuántas obras no ha producido el silencioso aburrimiento! En esas noches interminables del invierno, muchas he acompañado á Miguel Gutiérrez en su retiro de la Fonda Española. Contábame allí anécdotas célebres, exponíame sus proyectos literarios; se lamentaba de la falta de centros cultos de reunión en Córdoba; me leía las emborronadas cuartillas de las producciones en que trabajaba; de sus apuntes é investigaciones facilitábame no pocas cordobesías, que luego saboreaba el público en *La Verdad* y en *La Unión*; gustaba estudiar nuestros hombres y nuestra historia; recordaba con fruición las originalísimas sesiones del *Lekanaklub* egabrense, aquella sociedad á cuya fundación contribuyó él en Cabra, con el Director de su Instituto y poeta sevillano Don

Luis Herrera y Robles y con todos los elementos de cultura é ilustración existentes en la patria de Valera; y allí, alentándome unas veces y aprendiendo yo siempre, le oía recitar sus hermosas poesías, recreaba mi ánimo en aquellas combinaciones métricas raras y armoniosas, hojeaba la *Ilustración española* para tener ante los ojos el *Mare nostrum*; recitábame *El silencio*, una composición preciosa, escrita en verso octosílabo suelto y con el final de cada estrofa agudo. Allí el poeta correcto y el literato versadísimo, sin petulancias de dómine, sin presunción de catedrático, hablando familiarmente, defendía con el acento de la convicción, de una convicción razonada y profunda, la fraternidad de la lírica italiana y de la lírica española y reflejaba el placer inefable que encuentra saboreando los versos de Manzoni y de Leopardi y algunos del *satánico* Carducci. De la *Rima* de éste no imita la *Rima* de Miguel Gutiérrez más que el metro, coplas de pié quebrado, metro viejo ya en Castilla. «Mi siglo,» una de sus poesías más celebradas, adopta la *estrofa manzonesca* del *Cinco de Mayo*.

El último fruto de su musa está dedicado á la Universidad Católica granadina del *Sacro-Monte*, con motivo del restablecimiento de la Facultad de Derecho en este afamado centro docente, y fué leído, con aplauso de un auditorio selecto, en el banquete dado entonces al ministro de Gracia y Justicia y al Nuncio de S. S., Monseñor Cretoni.

Séneca, Góngora y Juan de Mena son tres grandes figuras de nuestra historia literaria que cautivan al erudito escritor granadino. En orden

á los dos primeros ha acopiado materiales múltiples. ¿Quién sabe si algún día se decidirá Gutiérrez á echar sobre sus hombros la empresa laudabilísima y meritoria de dar vida propia á alguno de esos tres libros importantes: el del filósofo-poeta, ó el de nuestro poeta-rationero, ó el del Eunio español; Numerosa pléyade de secuaces, discípulos, comentaristas, detractores, etc., de aquellos ingenios y sus escuelas parecen reclamarlo así de una pluma privilegiada!

Miguel Gutiérrez gusta poco de honores efímeros. Condecoraciones y títulos bien sonantes jamás han inquietado su espíritu. Los fulgores celestes de la verdad y las delicias perennes de la belleza apartaronle de todo lo que es miseria humana y vanidad de vanidades.

De carácter adusto al exterior y franco y afabilísimo en el fondo; suspirando por Granada y mirando con amor á Córdoba; indolente á veces, como buen andaluz, y á veces incansable en la investigación, espérase mucho de él en pró de las letras patrias.

El, con Rubio Larragueta, ha puesto en orden los amontonados libros de la biblioteca del Instituto provincial y gestiona sin cesar el aumento de tales obras con otras importantes y su aprovechamiento por el público.

Miguel Gutiérrez es del cuadro de literatos cordobeses ó residentes en Córdoba uno de los nombres más salientes en la actualidad.



## DR. D. MANUEL JEREZ Y CABALLERO

El canónigo penitenciario de la Iglesia de Córdoba, el muy querido maestro, el tan modesto como profundo pensador, el virtuosísimo sacerdote, Dr. D. Manuel Jerez y Caballero, reposa en la eterna paz de los justos; y bien puede decirse que su muerte, acaecida el 2 de Febrero de 1895, fué una pérdida irreparable para este Cabildo, para el Seminario en, por y para el cual trabajaba y vivía por entero hace muchos años; para la enseñanza; para las ciencias eclesiásticas de la diócesis cordobesa, á cuya difusión contribuyó no poco el que, nacido de modesta familia en Hinojosa del Duque el 6 de Enero de 1832, creció como la nubecilla bíblica y fué lumbrera de nuestra Iglesia en los tiempos actuales.

Contaba sesenta y tres años y días al morir, y aquella labor asidua que le llamó su inseparable hace medio siglo; aquella fuerza de voluntad en el estudio; aquel buscar la verdad en la virtud y la virtud en el Crucifijo; aquel su celo por hacer á cuantos le rodeaban copartícipes de sus aficiones, de sus afectos, de sus alegrías, en nada disminuyeron nunca hasta que Dios le llevó á Sí. Bien me sé

que, si el exímio teólogo Dr. Jerez y Caballero pudiese volver á la vida, haríame una buena reprehensión por escribir estas líneas; por algo menos aún, por dar su solo nombre á la publicidad. Así era el hombre; así el docto maestro cuyos labios manaban ciencia y bondad y al lado del cual y bajo su dirección probé mis estudios eclesiásticos.

A los diez y nueve años de edad, cuando el señor Jerez era todavía alumno en el mismo centro docente de que después fué Rector, ya pertenecía al profesorado y llenaba cumplidamente su misión en la enseñanza. Luego confirmó y consolidó la fama de su nombre, en la cátedra (durante cuatro decenios) y en el confesonario, á que se consagró en alma y cuerpo.

El que ocupaba la presidencia de Artes del Seminario, antes de ser presbítero, el celoso coadjutor de la auxiliar de San Basilio; el párroco, por oposición, de Villanueva de Córdoba y después de la de San Juan y *Omnium Sanctorum* de esta capital, unió á sus brillantes notas de estudiante y á sus inapreciables méritos de sacerdote y pastor de almas, la fulgente aureola de sus ejercicios lucidísimos en las oposiciones á la canongía Lectoral (Enero de 1868) y á la Penitenciaría que ganó en Febrero del 69, con beneplácito del Cabildo y admiración de sus compañeros.

Al trasladarse á Sevilla el Rector del Seminario de San Pelagio D. Silvestre Pérez Godoy, con el ya entonces Arzobispo hispalense Excmo. y Rvdmo. Dr. D. Fr. Ceferino González, y venir á Córdoba el actual Obispo de la diócesis D. Sebas-

tián Herrero y Espinosa de los Monteros, tomó posesión de aquella Rectoría (Agosto de 1883) el Dr. D. Manuel Jerez.

De su paso por este «semillero» eclesiástico nos hablan con harta elocuencia sus obras. El enriqueció su biblioteca con magníficos libros; él embelleció sus patios y jardín; él costeó de su propio peculio muchas becas y auxilió á algunos seminaristas estudiantes, al par que de la Teología, de la Jurisprudencia; él decoró su deforme fachada; á él se deben grandes reformas que perpetúan su nombre, haciéndole merecedor de que se conserve en lápida conmemorativa, no ya solo como recuerdo, sino como sacratísimo deber de gratitud del Seminario reconocido á su difunto bienhechor.

Fué el Dr. Jerez y Caballero hasta 1890 Bibliotecario del Cabildo Catedral; diputado de Hacienda y Obras Pías, hasta 1885; Arcade Romano con el nombre de *Rosmeno Cefisio* y Examinador Sinodal de muchas diócesis de España. Y, en representación de nuestra Iglesia, asistió en 1893 con otro capitular al Concilio provincial hispalense.

Todo cuanto pudiera haber ahorrado lo gastó en libros y en hacer bien á los que le rodeaban. Siempre fué para sus discípulos, más que el maestro, el padre cariñoso, el consejero, el amigo fiel que derrama á torrentes sobre el alma las luces de la verdad y los consuelos de la virtud.

Enemigo de exhibiciones, por cuanto sobre estas sopla comunmente el viento de la soberbia, y la humildad no afectada vivía en su corazón co-

mo en propio fertilísimo terreno, si en un momento dado trasladó al papel los frutos de su estudio y los tesoros de su inteligencia, teniéndolos él en poco, por ser suyos, rompiólos ó los arrojó al fuego.

De tal suerte pudieron librarse algunos notabilísimos trabajos, editados unos y otros que, dados á la publicidad, tendrían gran resonancia. Entre ellos se encuentran, inéditos, su magnífico estudio sobre *El ontologismo de Rosmini*; sus preciosos *Apuntes para la Historia de la Teología Moral*; y su no menos estimadísima «Refutación de las proposiciones rosminianas condenadas». De la imprenta «La Actividad» salieron dos ediciones de su libro devoto y teológico *Los dones del Espíritu Santo*, 1873-74; en el periódico «El Antídoto» y distribuido en seis números, publicó en 1871 un tratado completo acerca de *¿Qué es el Espiritismo?*; en el «Boletín Eclesiástico» la monografía *El Cardenal Toledo*; y en los talleres tipográficos del «Comercio» su folleto *Congregaciones establecidas en el Seminario Conciliar de San Pelagio*, con sus estatutos y muchas reglas y ejercicios piadosos — 1885. Aún se memora con fruición su excelente improvisado discurso acerca de Santo Tomás de Aquino y el inaugural, impreso, sobre el tema *La Teología es verdadera ciencia* — 1879.

Seguir paso á paso sus huellas; reflejar aquí sus vastísimos conocimientos; detallar las consultas que de otras diócesis, de la Nunciatura y de Roma se le hicieron frecuentemente; señalar sus méritos y valer; encomiar su resistencia á encumbrarse allí donde otros con menos merecimientos se elevaron y á él por derecho propio correspon-

día; decir todo cuanto debe decirse del hombre, del sacerdote, del filósofo, del teólogo, del cano- nista, del escrivano, es punto casi imposible á mis fuerzas, tanto cuanto le sería á un pigmeo medir las fuerzas de un titán.

Pero no es el último Rector del Seminario cordobés de esos astros que han necesidad de la palabra agena para brillar con la luz propia. Los hechos del Dr. Jerez lo dicen. Ahí están sus tra- bajos, el gran vacío que dejó en la Rectoral de San Pelagio, en la Santa Iglesia Catedral, en el Monte de Piedad y Caja de Ahorros, cuya direc- ción y administración tenía, en la diócesis entera y en el alma de los que revivieron á sus enseñan- zas y consejos, se honraron con su trato y admi- raron su saber.



## BALDOMERO DE LORENZO LEAL



Conocí yo al que es hoy canónigo de la Igle- sia Colegial de Jerez de la Frontera, en el Semi- nario Conciliar de San Pelagio mártir, de Córdo- ba. Era en los últimos años del pontificado de aquel gran sabio y gran Obispo que se llamó y de- jó llamarse por todos *el P. Zeferino*. Tocaba el se- ñor de Lorenzo Leal la meta de sus aspiraciones, cuando empezaba yo mis estudios eclesiásticos. Grabados tengo en el alma aquéllos hermosos días de mi alegre juventud.

Así recuerdo, como si en el actual momento histórico las viese, las solemnes fiestas que, de al- gún tiempo atrás y en honor del Angel de las Escuelas, venía celebrando anualmente el ilustre Seminario cordobés. Para aquéllas conferencias apologéticas, para aquellos ejercicios científicos y veladas literarias, que presenciaban el Prelado, el claustro de profesores y algunas personas doc- tas, invitadas, designábanse á los alumnos más aventajados de cada cátedra y estos eran los pa- ladines que, luchando por el Doctor Angélico, es- grimían las armas de la inteligencia y del estudio en el palenque de la discusión. En tales fiestas

resonó más de una vez el nombre de D. Baldome-ro de Lorenzo y Leal. Los aplausos premiaban las poesías que daba á conocer en las veladas de Sto. Tomás y la ovación alcanzaba á sus colegas D. Rafael García Gómez, el sapiente canónigo del Sacro Monte de Granada, á los señores Córdoba, Ortiz, Pineda, Riballo y Fuentes; al catedrático poliglota D. Juan Serra y Queralt y al profesor de Retórica y Poética D. Juan Crisóstomo Vacas, á quienes correspondía principalmente la organización de esta parte literaria.

Luego, el seminarista pelagiano se hizo presbítero; y quien, á guisa de ensayo, escribía para sus condiscípulos y superiores, en otra esfera de acción escribió para el público y la crítica. Por tal manera el señor de Lorenzo Leal honra al Seminario de San Pelagio y á Córdoba que varios años tuvieron en su seno, rinde tributo á las letras y á las ciencias históricas y se distingue muy mucho en la Iglesia de Jerez.

Aquí como en Huelva, en los Curatos de las parroquias del Divino Salvador (1889) y de la Concepción Inmaculada (1885), el Canónigo por oposición de la M. I. Colegiata jerezana, celoso en el cumplimiento de su misión y esclavo del trabajo, ha hecho reposar su espíritu en los oasis de la verdad y ha caminado por las vírgenes selvas de la investigación, en cuyo seno se ocultan los tesoros del saber.

Lo primero que dió á la publicidad fué su *San Gregorio VII*, en el año de 1882. Al señor de Lorenzo sirvió de tema la egregia figura del monje Hildebrando para graduarse de Doctor en Filo-

sófia y Letras, él que ya era Licenciado en Sagrada Teología; y en las páginas de su bien escrita memoria, que en testimonio de reconocimiento dedicó á su protector el difunto Dean de Córdoba Sr. Astorga Miranda, confirmarse aquellas dotes de colegial sobresaliente; y Gregorio el Grande destácase allí con la humildad del religioso, con la magestad del Pontífice y con las excelencias del sabio, *vera effigies* de aquel defensor de la Iglesia y del pueblo, obscurecido en los claustros de Cluny y después lumbrera del mundo en el solio de los Papas.

Fué *San Gregorio VII* el punto de partida. El laborioso investigador comenzaba bien y había que esperar mucho más de su ingenio.

Así en 1883 el escritor muéstrase también periodista y funda en Huelva una revista intitulada *La Razón Católica*, en la cual insertó, á más de otros notables trabajos, su *Onuba Lestuaría*, estudio prehistórico de la ciudad referida y sus primeros artículos acerca de Alonso Sánchez, el precursor de Colón, que le ha dado materia para hacer un hermoso libro.

Dos años duró aquella revista y al siguiente, el señor de Lorenzo y Leal ponía sus facultades al servicio de una buena causa: la de *Cristóbal Colón, el héroe del Catolicismo*. Con esta su leyenda histórica concurrió y fué premiado en el Certamen de la Sociedad Colombina Onubense (Agosto 84). Dada la índole del trabajo, más resplandecen en él su fantasía meridional y su estilo brillante y fácil que el análisis escrupuloso del crítico ó la minuciosidad del erudito, reflejadas y hermana-

das en ulteriores producciones de las cuales hemos de hablar.

Además de *La Porciúncula ó el Jubileo de los Angeles* (1886) y una «novena al glorioso Mártir Juan Gabriel Gerboyre, sacerdote de la Congregación de San Vicente de Paul, beatificado por el actual Pontífice León XIII, (1891) ha dado á las prensas el antiguo pelagiano su buen discurso *San Dionisio y la Reconquista de Jerez* (1889) y en 1892 la obra mejor y más completa de todas las suyas: «*Cristobal Colón y Alonso Sánchez* ó el primer descubrimiento del Nuevo Mundo.»

Un magnífico informe de la Real Academia de la Historia vino á coronar esta preciada labor. Yo he leído casi todas las producciones citadas, pero ninguna con más satisfacción que la última. Método, forma correcta, claridad en la exposición de los hechos, crítica en su desenvolvimiento, sano criterio en el discernir y desapasionamiento en el juzgar: hé aquí lo que encontramos en el libro selecto del señor Lorenzo Leal, de cuya erudición nos hablan sus citas, anotaciones y comentarios, que ponderan el estudio de *Cristobal Colón y Alonso Sánchez*.

Escritor elegante y pensador profundo, no sin fundamento el Dr. Lorenzo Leal pertenece, como correspondiente, á la Real Academia de la Historia y, como socio numerario y de honor, á la hispalense de Sto. Tomás de Aquino y á la Colombina de Huelva.

Sevillano de nacimiento, no olvida su risueña juventud pasada en Córdoba, ciudad que adora como su segunda madre y cuyo retrato hizo, en

su leyenda histórica premiada, con tal entusiasmo que, llevado de éste, cayó, al tratar de Beatriz Enriquez, más del lado de los cordobeses que del lado de la historia. «Quiero tanto á *San Pelagio*—me escribía—que parece me rejuvenezco con solo escuchar su nombre.»

El Misionero apostólico, el investigador, el publicista no ha hecho gemir las prensas de Jerez, ni las de Huelva, ni las de Madrid, desde 1892. En la inteligencia y en el corazón de Lorenzo Leal hay fuego. Este su silencio literario ¡quien sabe si será precursor de una nueva creación! Esperemos; que sobre la obscuridad presente flota el espíritu del pasado.

